

La volea del Míster

Diego Perez

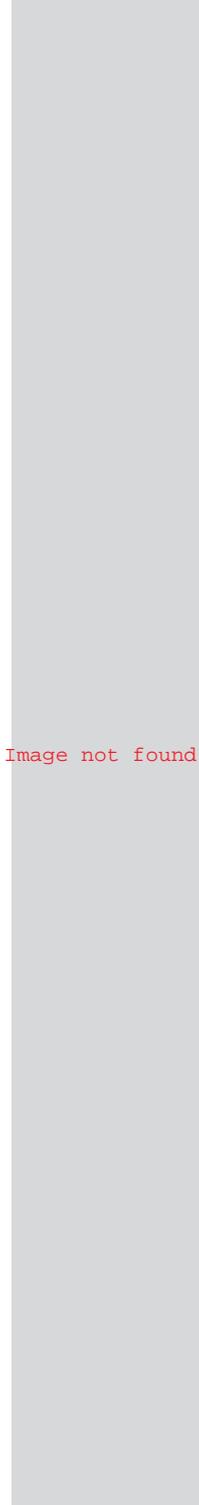


Image not found.

Capítulo 1

La volea del Míster

A mi abuelo Pedro, por las horas que no fueron.

La mano viene cambiada. Al Atlético Río Tercero lo están peloteando de lo lindo, pese a que juega de local ese domingo. Los rivales parecen muchos más que 11, están en todos lados. O al menos me parece a mí. No sé por qué siento este calor en todo el cuerpo, si es pleno invierno, 27 de julio decía el almanaque que me trajo la Juanita este año, bien clarito, lindo, como le gustaban a ella. Letras doradas por las fiestas, se había jugado el carnicero Somale y ese año tiró la casa por la ventana. 1969 en la tapa, con ese dorado y las fotos de una navidad que no era la nuestra, sino la de los gringos, con nieve y trineos.

Pero tengo calor igual, deben ser estos tilingos de 9 de Julio, que nos están dando un peludo que ni te cuento, no hay forma que paremos uno, aunque vaya a saber bien por qué razón o milagro, aún no la embocan y seguimos 0 a 0.

El nueve de ellos es un grandote tosco, que si tuviera un poco más de habilidad ya nos hubiera metido cuatro, la pelota le rebota, como el Míster de la estancia de los ingleses, donde trabajé de chico, haciendo de boyerito, levantado bien al alba, a las 5 de la mañana, con esos fríos que dolían y pasaban de sobra los abrigos que me hacía con las bolsas de arpillera. Ahí la conocí a la Juanita, que trabajaba de institutriz.

Eran bravos esos días en el campo, en la zona de Berrotarán para adentro, y encima mi viejo me dejaba sin un mango, hasta que por fin cuando cumplí los 13 el Míster se avivó y me empezó a pagar a mí. Era un tipo bueno el Míster: alto, blancuzco, de sonrisa forzada, como quien sonríe por obligación, no le gustaba mucho estar acá, extrañaba su tierra, sus canciones, y más de una vez cuando se emborrachaba se ponía a tararearlas y los parroquianos del boliche lo sacaban y lo dejaban bajo las estrellas, solo con sus penas y su amor por una tierra que solo vi en fotos.

Jugamos algunas veces en la estancia, con otros puesteros que entendían algo de pegarle a la redonda. El míster le daba con un fierro. Era algo tosco, de movimientos ampulosos y más de una vez le sacó un diente a uno por jugar con los brazos extendidos.

Sigo con calor, los miro a todos y están abrigados hasta los dientes, me toco la frente y está caliente y me siento en la tribuna, la única que tenemos, que da al costado de la cancha, que compartimos todos, locales y visitantes, porque el lunes trabajamos juntos y salimos parientes si

empezamos a tirar de los hilos del árbol genealógico.

La pelota pega en el palo y nos salvamos otra vez, la gente respira aliviada y el referí, que ya se cansó que nos acordemos de la madre, marca el final del primer tiempo y me siento, a bajar pulsaciones y tomar algo de aire.

En La Paz también terminó el primer tiempo, Argentina empata con Bolivia 1 a 1 y arranca el camino a ver si clasifica a México 70. No parece tan jodida la cosa, es un grupo de 3, con los peruanos y bolivianos, creo que podemos llegar.

Se nubla un poco y el frío pega un poco más, Río Tercero es jodido en esta época del año, una ciudad que no deja de ser pueblo, en la que el invierno se deja sentir con rigurosidad, con calles anchas y el progreso llegando por la avenida, aunque no pare en todas las puertas.

Ya son pasadas las 17 y larga el segundo tiempo, a lo lejos los veo a los muchachos del truco que me hacen unas señas y el petiso Villalón me grita con tono burlesco.

- ¡Gata, te esperamos después del partido, no sea cosa que vuelvas a dormir afuera!

- Agrandado – me digo por lo bajo. Me ganó una vez en los últimos 5 años y eso porque esa

noche me puse a discutir por las horas extras de la Fábrica Militar, ellos las querían hacer y yo me negué rotundamente. Años luchando por conquistas sociales, como la jornada laboral de 8 horas y por dos pesos las íbamos a bastardear trabajando de más. Les dije ese día a los muchachos, el Cordobazo fue el primer paso, estos milicos se tienen que ir, y el Peronismo va a volver.

En eso estaba cuando me acordé que la Norita me tiene que ir a buscar mañana lunes, a la vuelta de la Fábrica, con la bici, cuando me baje del colectivo, así me trae empujando, porque no sale la licencia aún y no me puedo agotar por el corazón.

Está grande la Norita, ni hablar de la Nely, y de mi nieta Gise, como se pasaron los años. Por suerte ya no tengo tanto calor y el Atlético no sufre tanto, está más calmada la cosa. Quien te dice se nos dé un golcito. Donde viene complicado es en la altura de La Paz, ya estamos abajo, 3 a 1, en una ráfaga, y el Mundial se va al carajo.

En eso estamos, cuando el Perico, nuestro arquero de toda la vida, saca largo, le mete un zapatazo tremendo y la pelota parece que no va a caer nunca, pica entre los centrales rivales que se confían que sale el arquero

de ellos y el vasco Urrutia, un wing petisito y ligero les aparece sin que lo vieran venir, la mata con el empeine y se la lleva, los deja parados sin que puedan atinar a la más mínima reacción y en dos pasos lo tiene al arquero de frente. Criado en el potrero, cumple con una de las máximas de los definidores del fútbol, si se la tiras al costado al arquero que viene caminando, es gol.

La pelota le pasa al costado del pie izquierdo y se va derechito al arco, pega en la base del palo y se mete despacito. Todos pegamos un salto tremendo en la tribuna, y vamos escalones abajo, no muchos, son apenas cinco o seis y muy altos, así que bajamos con cuidado, pero la alegría es enorme y ahí vamos a colgarnos del alambrado a festejar con el Vasco.

De repente ya no siento el frío, ni el calor, y me llega una puntada dolorosa al pecho, que me hace trastabillar y alcanzo a agarrarme del alambre y voy de rodillas al suelo. Quiero enfocarme y apenas distingo algunos rostros, la veo a la Juanita que llega con la media copita de sidra que me tomo todas las fiestas, y no entiendo mucho. Más allá lo veo al Jorge, que me dice: - te salvé Gata ese día ¿no?, cuando me caí del andamio en la fábrica y me agarró unos metros más abajo arriesgando su vida. La veo a mi mamá, que se me fue a los 5 meses de haber nacido y nunca pude ni siquiera visitarla en su tumba, se acerca y me acaricia con la voz más cálida y envolvente que oí en mi vida, "Pedro...", me susurra y el dolor desaparece.

Lo veo al General y en un gesto le agradezco la dignidad que le dio a mi vida, lo veo al Míster agarrando una pelota de volea y romperle el auto a la viuda del padre, la veo a la Nely que viene con la Gise en brazos y me acerca el pincel para la primera mano de pintura que le daba a la casa todos los años.

Escucho el murmullo de la radio que se me escapa de las manos diciendo que perdimos en Bolivia y siento que el cuerpo pega contra el suelo, y sonrío, aún en la desesperación de la gente que se agolpa para ayudarme. El corazón me dijo basta, cansado del Chagas, pero creo que más cansado de esos años de frío, de olvido en las estancias y de explotación.

El Vasco Urrutia mira al cielo y se persigna, ganamos 1 a 0 aquella tarde. Me dieron una mano fierita para el Truco, pero me las rebusqué como pude. Me quedé con las ganas de ver campeón a mi River, lástima que Chacarita nos dejó con las manos vacías ese Metropolitano.

El té en hebras de esa tarde quedará caliente, las revistas de River se volverán amarillentas sin nadie que las lea. A mí me queda la tristeza de no haber podido decir adiós, de esa deuda de amor y gratitud infinita a mi Juanita y mis chicas, por los años vividos y las historias que les conté. Les dejo mi recuerdo eterno, hasta el día que nos volvamos a encontrar. Me voy con el gol del Vasco Urrutia en la retina y el grito sagrado en la

garganta. Arriba seguro me espera el Míster, listo para revolearla para el lado del maizal.